

33 OBRA MAESTRA
DEL CINE



Resurrección
por
Lyá Mara

25
cts.



A NUESTROS LECTORES

La empresa editora de la revista *EL CINE*, a la que pertenece esta publicación, escogió el título de *OBRAS MAESTRAS DEL CINE* porque respondía de una manera justa a nuestros propósitos y a nuestros planes acerca de lo que ella había de ser.

El público acogió *OBRAS MAESTRAS DEL CINE* con un cariño que nunca agradeceremos bastante... La nueva publicación, tal como se la ofrecimos, gustó, y rápidamente obtuvo tal aceptación, que nos vimos precisados a aumentar enormemente nuestro tiraje desde los primeros números, hasta llegar a conseguir el honrosoísimo lugar que hemos conquistado entre el infinito número de novelas de esta índole que se publican en Barcelona.

Hasta aquí, todo iba muy bien; pero...

Nuestro éxito, que han celebrado con nosotros los que no tenían por qué temerlo, ha sacado de sus casillas, como vulgarmente se dice, a los editores de *La Novela Semanal Cinematográfica*. Y viéndose impotentes para contrarrestar por los medios lícitos en toda competencia el auge cada día mayor de *OBRAS MAESTRAS DEL CINE*, han recurrido a procedimientos que no hemos de calificar ni comentar siquiera para obligarnos a cambiar el título de esta publicación. Baste decir que aprovechando la circunstancia de estar registrado un título similar al nuestro, con la agravante de no ser de su directa propiedad, han conseguido que nos veamos precisados a sustituir la cabecera de *OBRAS MAESTRAS DEL CINE*.

Por consiguiente, anunciamos a nuestros fa-

vorecedores, que a partir del día 3 de enero del próximo año, OBRAS MAESTRAS DEL CINE cambiará este título por el de

La Película Selecta

que, a nuestro juicio, se ajusta como aquél a la índole de esta publicación.

Aun cuando nuestros enemigos esperan oca-
sionarnos con ello perjuicios definitivos, nos-
otros estamos seguros de que

La Película Selecta

obtendrá la misma favorable acogida que OBRAS MAESTRAS DEL CINE, puesto que no será más que su continuación.

La conducta de aquellos que fían más el éxito de sus publicaciones en esta clase de arti-
mañas que en su propio valer, nos ha de ser-
vir de estímulo. Así, pues, anunciamos a nues-
tros lectores que

La Película Selecta

aparecerá notablemente mejorada y que, sin alterar su precio, publicaremos en ella las adaptaciones norteamericanas de las mejores produc-
ciones cinematográficas, escritas por nuestros más brillantes literatos.

Leed y propagad

La Película Selecta

Año I — N.º 33

Barcelona,
15 de enero 1924

Redacción y
Administración.

Pelayo, 62

Teléfono 4128 A

OBRAS MAESTRAS
DEL

CINE

PUBLICACIÓN SEMANAL

Suscripción:
España 3 pts. tri.
Extr.º 17 a año

En combinación con la
revista L CINE
España 250 pt.
Extr.º 15 pt.

N.º 100.º 22 pt.
Extr.º 50 pt.

DIRECTOR - PROPIETARIO: FERNANDO BARANCÓ - SOLÍS

RESURRECCIÓN

según la película del mismo título, adaptación
de la célebre novela de León Tolstoi

Protagonista LYA MARA

Concesionario: Cinematográfica Verdaguer, S. A.
Consejo de Ciento, 290 - Barcelona

I

En un castillo señorial, situado en el departamento de Orel, en Rusia, vivían desde largo tiempo, lejos del bullicio de las grandes capitales, las hermanas Marja y Sofía Iwanowa, descendientes de una nobilísima familia.

Solteras ambas y ya entradas en años, to-
das sus ocupaciones se reducían a su cuidado personal y al de su casa y hacienda, no habien-
do querido abandonar nunca su voluntario
retiro.

Aquella mañana habían salido a recorrer las
dependencias del castillo y al llegar al espa-

cioso estable, que guardaba las becerras, quedaron hondamente sorprendidas. Sobre la paja yacía una mujer joven, una pobre aldeana que ayudaba a su madre a custodiar el ganado, y a su lado una niña recién nacida daba patente muestra de vitalidad con sus agudos lloros.

Irritáronse al principio las buenas señoras, echando en cara a la sierva la doble falta cometida, primero por hallarse en aquel estado no siendo casada y después por haber escogido aquel sitio para el nacimiento; pero luego al fijarse en el estado de extrema debilidad de la parturienta y contemplar a la preciosa niña, inocente de ajenas faltas, moviéronse a piedad y ordenaron se atendiese convenientemente a la madre y decidieron apadrinar a la pequeña.

Y como los capullos estallan en bellas y perfumadas flores, así fué abriéndose a la vida aquella lili la muñequita, y al volar de los años quedó transformada en una espléndida mujer.

Katjuscha Maslowa, que así se llamaba la apadrinada, fué creciendo al lado de sus protectores, que la distinguían con su cariño y sus especiales bondades, y desempeñaba en la casa los oficios de doncella, con gran complacencia de las solteronas.

Contaba Katjuscha a la sazón diez y ocho años y era una atractiva muchacha, de grandes ojos negros, carnes blancas y apretadas y aristocrático continente, que desmentía su plebeya cuna. Aquella vida de comodidad y el roce continuo con las señoras del castillo, había refinado sus gustos y aficiones y no se aveña al pensamiento de cambiar aquella posi-

ción por el estado mísero y penoso de las mujeres de su condición. Muchas veces había sido solicitada en matrimonio, pero siempre había rehusado. Y pensaba con tristeza que nunca podría conseguir la realidad de sus dorados sueños... Un hombre que supiera comprenderla y amarla con las suaves atenciones y rendidas delicadezas que ella presentía al leer en sus libros predilectos las relaciones de los héroes de las novelas...

Aquel día se habían levantado más temprano que de costumbre Marja Iwanowa y su hermana Sofía.

Matrjona, la vieja ama de llaves, y Katjuscha, la gentil doncellita, se afanaban en dar los últimos toques a la habitación reservada a los huéspedes.

—¿Está todo listo?—preguntó una de las hermanas a la anciana sirvienta.

—Sí, señora. No falta más que el servicio de tocador.

—Está bien. Y tú, Katjuscha, date prisa en preparar el te. El Príncipe Dimitri debe llegar de un momento a otro.

Katjuscha Maslowa se dispuso alegremente a cumplir la orden. Desde hacía unos días no oía hablar de otra cosa a las señoras que de la próxima llegada al castillo de su sobrino el Príncipe Dimitri Iwanowtsch Nechludew, de quien hacían los mayores elogios.

—Debe estar hecho un real mozo—decía Marja.

—Y estará guapísimo con su uniforme de teniente del regimiento de la Guardia—añadió Sofía.

—¡No le vamos a conocer! ¡Fíjate! ¡Tantos años que no le vemos!

Katjuscha sentía una viva curiosidad por conocer al Príncipe Dimitri. Se lo imaginaba arrogante, caballeroso, distinguido, todo nobleza y corazón, como algunos protagonistas de sus novelas favoritas...

—¡Ya está ahí! —exclamó de pronto Sofía Iwanowa, al apercibir el ruido de un coche que se acercaba.

—¡Vamos a recibirla!... ¡Katjuscha! —gritó Marja. —¡Ven a por el equipaje!

Las dos hermanas, seguidas de la doncella, salieron a la puerta del castillo.

Embutido en su abrigo de pieles, llegó el príncipe en un carruaje tirado por tres briosos corceles.

Era el día de Viernes Santo y una copiosa nevada había alfombrado de blanco todos los caminos.

Al verlo descender del coche, Katjuscha Maslowa quedó gratamente impresionada. El príncipe Dimitri era tal como ella lo había imaginado: joven, apuesto, con unos ojos rasgados y de mirada melancólica y cansina, que daban a su cara una expresión muy interesante.

Hubo abrazos y cordiales saludos de bienvenida.

Katjuscha apresuróse a coger las maletas, saludando antes al recién llegado con un graciosísimo movimiento.

—¡Gracias, muchacha! —la dijo el príncipe amablemente. —Ya entrará yo la impedimenta.

—¡No faltaba más, hombre! —intervino Marja Iwanowa. —Katjuscha es muy servicial.

—Ya lo veo, tía. Pero los bultos son algo pesados.



—Echale en el vino estos polvos, que la producirán sueño. Así podrás muchar tranquila a tu casa

—¡Deja que te lleve el equipaje! —insistió Sofía.

—¡Como queráis!

Entraron al interior, el Príncipe Dimitri en-

tre sus dos tías, a las que daba cariñosos golpes en la espalda y a quienes hacía innumerables preguntas.

—Ya lo ves—resumía Marja—, todo está igual. Sólo que nos coges con unos cuantos años más encima...

—No digáis eso, tías. Os encuentro lo mismo que cuando os vi la última vez. Los años no pasan para vosotras.

—¡Anda, adulador! Ve a cambiarte de ropa, que vienes empapado. Ya sabes tu cuarto, ¿eh?

Katjuscha, que había ido a dejar el equipaje del Príncipe, regresaba del cuarto de huéspedes y al encontrar en un pasillo a Matrjona, el ama de llaves, la cogió por las manos y se puso a bailar una desenfrenada danza. Sin saber porqué le rebosaba la alegría en el cuerpo.

—¡Ha venido el señorito!—gritaba.

La vieja servidora, protestaba y gruñía, temiendo perder el equilibrio, sintiendo los principios del mareo...

—¡Pero criatura! ¿A qué vienen esas locuras?

La voz de una de las señoras hizo que se serenase la alborotada doncella.

Por encargo de éstas fué a llevar al Príncipe el servicio de tocador, jabón perfumado, toallas, cepillos...

Tocó discretamente en la puerta con los nudillos, presa de una extraña emoción, cuya causa no hubiese sabido explicarse.

—¡Adelante!

Dimitri, al ver entrar a la preciosa muchacha, no pudo reprimir un gesto de agradable sorpresa.

Tomó de sus manos lo que le llevaba y mirándola intensamente a los ojos, en los que descubrió un alma ingenua y bondadosa, la preguntó:

—¿Y quién eres tú, pequeña?

—Soy hija de una criada de sus tías, señor. Las señoras tuvieron la bondad de recogerme al nacer... Han sido muy buenas conmigo.

—Verdaderamente no debe costar mucho trabajo tomarte cariño.

Y después de unos instantes añadió:

—¿Sabes que eres muy linda?

Katjuscha se ruborizó intensamente y por toda respuesta dijo:

—Con su permiso, señor. Las señoras me necesitarán y...

Sonrió levemente y abandonó el cuarto.

Poco después, se reunía el Príncipe Dimitri con sus tías, quienes ordenaron a la doncella que trajese el té bien caliente.

—Eso te sentará bien después del frío que debes haber pasado.

Y descendiendo estar a solas con su sobrino, indicaron a Katjuscha:

—Puedes retirarte. Nosotras mismo nos serviremos.

Un rayo de sol rasgó las cenicientas nubes y Katjuscha quiso aprovechar la bonanza para secar las ropa que acababa de lavar una de las criadas.

Estaba tendiéndolas sobre una cuerda atada entre dos árboles de un bosquecillo inmediato al castillo, cuando vió acercarse a Pablo Makarowitsch, el administrador de las señoras de Iwanowa.

Pablo venía requiriéndola de amores desde

tiempo hacía, pero ella lo tomaba todo a broma y se reía de las frases apasionadas con que pretendía enternecerla.

—¿Por qué eres esquiva conmigo?—insinuó el enamorado.—¿Por qué te burlas de mi cariño?

—Si yo no me burlo. Es que no me tira...

—¡Pero si yo sabría hacerte dichosa! ¡Anda! ¿Por qué no me das un beso? ¡Un beso no es pecado!

—Usted está loco, Pablo. ¡Tiene gracia! ¡Vamos! ¡Que está usted de remate!

—Te prometo casarme contigo. Yo tengo algún dinero ahorrado, y además las señoras siempre te harán un buen regalo...

—¡Yo casarme con usted! ¡Que se le quite eso de la cabeza! ¡Bonita pareja haríamos con esa cara de jueves santo que Dios le ha dado! ¡Un funeral y unas castañuelas! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

Y desató la catarata de su risa.

El pobre burlado marchóse triste y cariacontecido.

Dimitri Iwanowtsch, que había salido a dar una vuelta por los alrededores, presenció el final de la escena y al ver alejarse a Pablo, llegóse hasta donde Katjuscha tendía a secar los trapos.

—¿Por qué te ríes de esa manera, muchacha?

—De ese hombre, que me decía si quería casarme con él. ¡Y pretendía besarme! ¡Fígúrese!

—¡Realmente! Una flor tan linda como tú en manos tan burdas...

—¡Por Dios, señor!

—¡A ver!—dijo el Príncipe, cogiéndole la barbilla y obligándola a levantar los ojos hasta él.—¿Sabes que eres muy bonita, Katjuscha?

La doncella cerró los ojos, no pudiendo resistir la mirada de Dimitri, que parecía querer penetrarle hasta el alma.

—¿Y a mí?—tentóla con el arrullo más dulce de su voz.—¿No querrías darme un beso?

—¿Yo? ¡No! ¿Por qué?—contestó maquinalmente la muchacha, incendiadas las mejillas y temblándole todo el cuerpo.

El Príncipe intentó apoderarse de sus manos.

—¡Déjeme! ¡Déjeme!—suplicóle Katjuscha, y como Dimitri repitiera la acción, la doncella echó a correr a campo traviesa.

Seguía el Príncipe de cerca y al verse alcanzada por su perseguidor, Katjuscha, como esos pájaros que al esconder la cabeza en tierra creen que el cazador no les ve, pretendió hurtar su cuerpo en el hueco del tronco de un árbol centenario.

Dimitri la sujetó dulcemente por los hombros y con un rápido movimiento la viró hacia sí y atrajo su linda cabeza, en cuyos labios, rojos corales, sorbió la dicha de un beso de la más intensa ilusión.

Primero hubo la iniciación de una resistencia; luego el desmayo de la más divina embriaguez...

II

El pueblo moscovita celebraba la Pascua. Hablóse en el castillo de la misa de media noche, y Marja y Sofía anunciaron que ellas

no acudirán a la ceremonia. Los caminos estaban cubiertos de nieve y era imposible ir en coche ni en trineo.

Matriona, la vieja camarera, quería ir a todo trance a la iglesia para asistir a la bendición de los panes y Katjuscha se prestó a acompañarla.

Media hora antes de la de ritual salieron las dos mujeres de casa y poco después lo hizo Dimitri.

Más que la ceremonia, interesaba al Príncipe estar cerca de Katjuscha, cuya imagen no podía apartar de su mente.

Llegó al atrio de la iglesia. Comenzaba la ceremonia.

El altar parecía un ascua de oro al resplandor de innumerables cirios y de un gran candelabro. El pope vestía rico manto de plata recamado de áureas cruces y bendecía a los asistentes, que a cada momento interrumpían, murmurando: «¡Cristo ha resucitado!»

Al pasar junto a Katjuscha, el Príncipe murmuró a su oído:

—¿De veras ha resucitado? ¡Lo habrá hecho por verte a ti!

La doncella le miró con severos ojos, como reprobando lo que estimaba sacrílega frase, pero luego le sonrió dulcemente, como agradeciendo el halago de sus palabras...

Terminada la fiesta religiosa, el Príncipe salió seguidamente de la iglesia y aguardó a que lo hicieran las dos mujeres.

Al verlas aparecer, Dimitri se acercó a Matriona y siguiendo la costumbre tradicional del pueblo ruso en tal día, la besó por tres veces.

Katjuscha se había detenido a distribuir unas



—...*Es esta aquella Katjuscha buena e ingenua...*—

cuantas monedas entre los pobres y al acercársele uno de ellos, cambió con él los tres besos.

Al llegar frente a Dimitri, coloreáronse sus mejillas y quedó sin saber qué hacer.

—¡Cristo ha resucitado! —dijo al fin.

Y levantó su cara hacia el Príncipe. Besáronse.

Fueron aquellos, besos castos, limpios, puros, como la nieve que en finísimos copos descendía pausadamente de la altura...

Al llegar a casa, celebróse la cena de Pascua. El Príncipe comió y bebió sin medida.

El pensamiento de Katjuscha seguía persiguiéndole tenazmente y al recuerdo de su imagen iban despertándose en Dimitri los más inconfesables deseos y los más torpes anhelos.

La doncella retiróse a su habitación. Encendió las dos bujías y comenzó a desnudarse.

De pronto la sobresaltó el ruido de pasos que cautelosamente se acercaban a su puerta. Unos discretos golpes dados en la misma aumentaron su turbación.

Vistióse de nuevo y se acercó a la salida.

Abrióse la puerta y apareció ante sus asombrados ojos el Príncipe. Iba a decir algo, a protestar, cuando se sintió materialmente estrechada entre los brazos de Dimitri que en volandas la trasladó a su habitación.

Al regresar más tarde a su cuarto, sólo las bujías casi agonizantes podían medir el tiempo que duró su ausencia...

El siguiente día, Dimitri anunció a sus tíos que debía partir enseguida. El pretexto de un aviso urgente justificó la precipitada marcha.

No tuvo ánimos para abandonar el castillo sin despedirse de Katjuscha.

La encontró en uno de los patios. La pobre muchacha, al enterarse de la partida, quedó como anonadada y muda de dolor.

El Príncipe le juró que pronto volvería y le mintió un amor que estaba lejos de sentir.

Y como si fuese una meretriz, vendedora de sus caricias, deslizó en su corpiño unos billetes...

Katjuscha lloró entonces las primeras amarguras de su vida...

III

Unos meses después, y al conocer el estado de la muchacha, las señoras Iwanowa despidieron de su casa a Katjuscha. Dirigióse ésta a la capital y pidió amparo y trabajo a una tía suya.

Pero la vida entre aquella gente no era para un espíritu delicado como el de Katjuscha. El marido de su tía, un borrachín y maltrabajó pretendió abusar de la muchacha y ésta se decidió al fin a emprender nuevo rumbo.

Dirigióse a una agencia de colocaciones, y de allí fué sacada con engaño por la Katajewa, dueña de cierta casa de mal vivir, que al ver a la joven pensó en explotar su belleza.

Al principio Katjuscha se resistió, intentando abandonar la casa, pero poco a poco fué amoldándose a aquella vida y, perdidos sus últimos pudores, llegó a ser una más... Ausente todo sentido de moralidad, perdida toda esperanza de regeneración, fué resbalando la pendiente del mal, hasta sumirse en la más baja abyección.

El recuerdo del Príncipe Dimitri le producía un sordo rencor y en su vida depravada encontraba como cierto sabor de venganza al entregarse a todos los hombres.

Cierto día fué requerida por un rico comerciante y acordaron la cita en una hospedería de ínfima condición, llamada pomposamente Hotel Mauritania, dueños de la cual eran Simón Kartentin y su esposa Betschkowa.

En un salóncito de la hospedería hallábase la degenerada muchacha con el comerciante, que mandaba destapar botella tras botella, hasta llegar a estar completamente ebrio.

Como pidiera una nueva botella, el dueño de la posada le indicó que la cuenta subía mucho ya, manifestándole cierta desconfianza. Entonces el negociante, entregándole unas llaves, indicó a Katjuscha que fuera a su cuarto y que de su maletín sacase unos billetes. La mujer del hospedero, que acompañó a la muchacha, contempló con ojos avaros la gran cantidad de dinero que el comerciante guardaba en el maletín, y una idea maléfica cruzó por su mente. Comunicóla a su marido, del cual mereció la aprobación.

Y como Katjuscha abandonara unos momentos la compañía del comerciante, manifestando su aburrimiento y el cansancio que la dominaba, Simón le indicó confidencial:

—Echale en el vino estos polvos, que le producirán sueño. Así podrás marchar tranquila a tu casa.

Y así lo hizo. Pero con inmenso horror vió como el comerciante poco después de ingerir la bebida, se desplomaba violentamente y su

boca, contraída en macabro rictus, dejaba de alentar...

IV

El Príncipe Dimitri Iwanowtsch había olvidado completamente a Katjuscha en los años transcurridos.

Después de cumplidos sus deberes militares, se había retirado a su casa de la capital y arrastraba una vida poltrona y muelle.

Ninguna preocupación le quitaba el sueño y sólo había de pensar en cómo emplearía el tiempo.

La tarde anterior asistió a una fiesta celebrada en la suntuosa morada de los Príncipes Kortschagin.

Dimitri se aburría mortalmente. La princesa madre le asediaba materialmente, pues era su propósito concertar el matrimonio del príncipe con su hija.

Y Dimitri no pensaba por entonces cambiar su libertad de soltero rico y atarse al sagrado yugo...

Sus amigos le gastaban frecuentes bromas:

—¿Se te puede felicitar, Dimitri?

—¡ Parece que la Princesa te distingue mucho !

—No digáis tonterías—respondió el Príncipe—. ¡ Vamos ! Os propongo ir a casa de la Katajewa.

Al despedirse le advirtió la princesa:

—No se olvide que mañana debe usted formar parte del jurado de la Audiencia. Con esa memoria que Dios le ha dado es usted capaz de olvidarse de todo.

Aquella mañana se despertó temprano el Príncipe.

—¿Qué tengo que hacer hoy?—preguntó a su criado.

—Su Alteza está citado para formar parte del jurado, a las once.

—¡Pues es verdad!

Se vistió con la pulcritud en él habitual y tomando el coche ordenó que le llevaran a la Audiencia.

A aquella misma hora, Katjuscha, detenida en la cárcel de mujeres por envenenamiento del comerciante del Hotel Mauritania, era trasladada asimismo a la Audiencia.

—Cuanto menos hables ante la Sala, mejor te irá luego—le había advertido, antes de salir, la Krylowna, una de las veteranas de la cárcel.

En la Audiencia comenzaron los preparativos para la vista de la causa.

El Presidente del Tribunal acababa de entrar en su despacho, sobre cuya mesa encontró una carta.

Cogióla con alegría y la abrió con impaciencia. Leyó: «Querido Wolodistchka: Despacha pronto en la Audiencia, pues te espera cuanto antes tu apasionada, Sonja.»

El ilustre magistrado llamó a un oficial.

—¿Qué asunto tenemos hoy?

—La vista del envenenamiento del comerciante Smeljken, Excelencia.

—Bien. Eso se puede despachar pronto—pensó el Presidente.

Y dió la orden de que podía empezar la vista.

—¡El Tribunal!—gritó un ujier con voz potente.

Aparecieron los jueces, tomaron asiento en sus respectivos puestos el fiscal y el relator.

Llamóse a los jurados entre los que estaba el Príncipe Dimitri, y después del juramento de rúbrica y demás formalidades legales, comenzó la vista.



Por falta de pruebas para demostrar su inocencia, fué condenada Katjuscha a cuatro años de trabajos forzados en la Siberia.

Cuando llegó el interrogatorio de Katjuscha y ésta dijo su nombre y apellido el Príncipe recibió una gran emoción.

—¡Es imposible! — pensaba — . ¿Es ésta aquella Katjuscha, buena e ingenua que yo conocí?

Fijóse bien en la muchacha. No cabía duda. Pero ¿cómo estaba allí acusada de tan horrendo crimen?

Atendió con sumo interés el curso del proceso y por la actitud de la muchacha y la su-

prema serenidad que reflejaba su continente, quedó convencido de que algún misterio había en todo aquello y de que Katjuscha no era culpable.

—¿Confiesa usted haber envenenado al comerciante Smeijken en el Hotel Mauritania?— preguntaba en aquel momento el Presidente a la acusada.

Esta con gran energía, respondió:

—¡Soy inocente! ¡Soy inocente! ¡Creedme! ¡Por el amor de Dios, creedme!

—Todos los procesados dicen lo mismo. ¡Todos!—oyó el Príncipe decir a su lado.

Por falta de pruebas para demostrar su inocencia, fué condenada Katjuscha á cuatro años de trabajos forzados en la Siberia.

Contribuyó también a su condena la precipitación con que se llevó el acto de la vista, que tenía interés en que acabara pronto el Presidente del Tribunal, para poder reunirse con su adorada.

El jurado, por desconocimiento de formulismo legal y de las consecuencias que puede tener el no especificar con claridad la redacción de las contestaciones, había también consignado en las mismas algo que era contrario a sus verdaderas intenciones y que contribuyó a la condena de Katjuscha.

Esta cayó anonadada y sollozante sobre el banco en que estaba sentada al conocer su condena.

El Príncipe sintió una inmensa piedad por la muchacha, pensando que él era realmente el culpable de que hubiese llegado a aquel estado. El abandono en que la dejó, después de abusar de su inocencia, le hacían reo de un delito

de lesa humanidad. Y pensó que lo menos que debía hacer era interesarse por la desgraciada, a la que además reputaba inocente del crimen que se le imputaba.

—¡Esto no puede quedar así!—y dirigiéndose al despacho del Presidente hizo pasar a éste su tarjeta.

Ya en presencia del magistrado, le saludó cortesamente:

—¿Puede escucharme un momento?

—Con mucho gusto, aunque tengo una ocupación urgente sima.

—Seré breve. La Maslowa es inocente y la condena a trabajos forzados impuesta de acuerdo con las respuestas del jurado, adolece del defecto de quebrantamiento de forma.

—La sentencia se basa en las contestaciones dadas por la procesada y en las respuestas del jurado—observó el Presidente.

—Sí, pero aquel error debe ser subsanado— insistió Dimitri.

—Pida usted, si quiere, recurso de casación, aunque dudo del éxito.

—¿No hay otro camino?... Pues así lo haré.

El Príncipe salió decidido a hacer lo posible para remediar la suerte de la muchacha.

Y, al efecto, se dirigió a casa del mejor abogado de la capital para que, costase lo que costase, interpusiera el recurso de que le habló el Presidente, y en último caso pediría su indulto e interpondría todas sus influencias para conseguir su propósito.

Después, y para estar libre de toda traba, se decidió a poner clara su situación respecto a la hija de la princesa de Kortschagin.

Visitó a ésta, que al notar en la fisonomía del

Príncipe la honda preocupación que le dominaba, no pudo menos de decirle:

—¿Qué tiene usted, Dimitri? ¿Qué le pasa?

—No sé, señora; estos días no me encuentro muy bien de salud.

La princesa no creyó franca su respuesta y añadió:

—¡Hábleme con confianza! Yo puedo oírlo todo... comprenderlo todo... ¡perdonarlo todo!

El Príncipe iba a desprenderse del peso que ahogaba su conciencia y a vaciar sus cuitas en la intimidad de una revelación, pero no se decidió a hacerlo. Le parecía demasiado duro el matar de un golpe todas las ilusiones de la princesa.

—¡Yo mismo no me comprendo, princesa! ¡No sé lo que quiero! ¡Estoy desorientado, loco!

Prometió volver otro día y se dirigió seguidamente a su casa. Necesitaba estar solo con sus recuerdos y con su conciencia.

Sentóse en el sillón de su elegante despacho y cogiendo pluma y papel, escribió: «Missi: No soy digno de usted. No quiero engañarla. Perdone a su afectísimo, *Dimitri Iwanowtsch*.»

Al encargar a su criado que llevara la carta a su destino, pareció que se aliviaba de un gran peso y de una constante preocupación.

V

Katjuscha estaba muy abatida y no basta-
ban a disipar su negra tristeza las palabras de
ánimo que le prodigaban sus compañeras de
cárcel.

Al darse cuenta de su situación y de la horrible perspectiva de su larga condena, sentía como una honda desesperación y un amarguísimo desconsuelo.

Llegó la noche y en el silencio negro de la cárcel aumentaron sus cuitas y sus penas. Y postrada ante la imagen santa de sus devociones de niña, lloró súplicas ardientes de remedio a sus males.

Al día siguiente oyó que la encargada de las presas pronunciaba en alta voz su nombre.

—¡Yo soy!—contestó.

—¡Al locutorio!

Salió detrás de la carcelera y al llegar al lugar en que las presas recibían las visitas, quedó sumamente sorprendida.

—¿Usted?—exclamó al reconocer al Príncipe Dimitri.

—Sí, Katjuscha. Yo, que arrepentido del mal que te hice, quiero pagar la deuda que contigo tengo.

—¡A lo hecho, pecho!—respondió la condenada, poniendo en sus palabras un deje de rencor contra el Príncipe.— ¡Aquellos ya no tiene remedio!

—¡De todos modos...!

—¡Voy a ser deportada a S'beria, siendo inocente!

—Ya lo sé, Katjuscha. Y yo he de hacer por mi parte cuanto pueda para devolverte la libertad. He ido a ver a un abogado y se presentarán sin pérdida de tiempo los recursos procedentes.

Y con voz temblorosa, añadió:

—¿Y qué ha sido de tu vida, mi pobre amiga?

—Me quedé tan triste cuando usted me dejó, que sus tíos se figuraron todo lo ocurrido y me echaron de su casa.

Y con palabra entrecortada por las lágrimas, hizo al Príncipe el relato de su desventurada vida.

Dimitri se ahogaba de emoción al conocer las desgracias de la infeliz muchacha. Y en un arranque de nobleza, afirmó con decisión:

—¡Katjuscha! ¡No hay más que un camino para reparar mi falta! ¡Casarme contigo!

—¿Casarse conmigo? ¡No, Príncipe, yo no me caso con usted! ¡Si que íbamos a hacer una buena pareja! ¡Un Príncipe y... una como yo!... ¡Yo soy cieno, escoria!... ¡Oh, no, no es posible!

—Entonces no puedo hacer nada por ti, Katjuscha.

—¿Cómo no? ¡Deme unos cigarrillos!

Dimitri vació su pitillera en manos de Katjuscha, que escondió el tabaco en las mangas.

—Volveré a verte!—dijo al despedirse el Príncipe.

Momentos después la injustamente condenada, encerrada de nuevo en la celda, saboreaba uno de aquellos cigarrillos, que como su antigua felicidad, se convertía en humo y ceniza...

VI

Pocos días después, el Príncipe Dimitri recibió las ansiadas noticias de su letrado.

«Con gran sentimiento—escribía el abogado—debo comunicar a Su Alteza que la solicitud de revisión en el proceso de Katjuscha Maslowa, ha sido denegada.—Iwanókowk.»

Con gran contrariedad enteróse de ello el Príncipe pero decidido a llegar hasta el fin, hizo la solicitud de indulto y envióla al Emperador.

Y dispuesto a acompañar a Katjuscha en su



Pocos días más tarde salía la conducción de los deportados

destierro, tomó una determinación que hacía tiempo acariciaba poner en práctica.

Visitó sus extensas posesiones y reuniendo a todos sus siervos, les anunció que había decidido cederles las tierras en condiciones ventajosísimas para ellos.

La misma sorpresa que ello produjo a los colonos, hizo que éstos se mostraran desconfiados y recelosos.

Uno de los más ancianos servidores se adelantó y dijo:

—¿A qué vienen esas murmuraciones? Yo

he servido a tres generaciones, bajo el poder del abuelo, del padre y del señor de ahora... ¡ El señor es el señor !...

—Me voy para siempre de estas tierras— dijo Dimitri a los reunidos— y he decidido repartirlas entre vosotros. ¿ Estáis satisfechos ?

—El trozo de tierra que me corresponde— arguyó uno de ellos—. De todos modos me lo darían... ¡ Pero usted es muy bueno, señor !

El Príncipe, algo decepcionado por la actitud de sus siervos, en la que se revelaba los síntomas de la futura conmoción que había de cambiar la constitución social del pueblo ruso, abandonó su posesión y pensó en ir a comunicar a Katjuscha las noticias que había recibido.

La entrevista no pudo ser más dolorosa.

—¿ Estoy libre ?— exclamó al verle.

Dimitri no sabía qué responder.

—¡ Perdóname ! ¡ Perdóname !— exclamó.

Katjuscha se revolvió furiosa.

—¡ Yo voy a Siberia !... ¡ El trabajo duro arrancará sangre de mis manos ! ¡ Usted se queda aquí ! ¡ Vive bien, nada le falta, tiene riquezas y cuanto desea !... ¿ Cómo puedo perdonarle ?

Viendo el Príncipe la actitud de la muchacha, estimó prudente retirarse y aguardar a que se calmara la irritación de Katjuscha para llevar a su alma el bálsamo de sus consuelos...

Pocos días más tarde salía la conducción de los deportados.

Era un espectáculo tristísimo y desgarrador. Había que ver aquellos hombres con las cabezas inclinadas por el peso de su infortunio, caminar con paso inseguro, deslumbrados por

la luz del día, y aplanados por el calor del sol, que tantas meses no había confortado sus cuerpos. En las carretas iban los enfermos y las mujeres encintas, hacinados como ovejas destinadas al matadero.

Tras de aquellos desventurados, arrancados de sus hogares en nombre de la justicia, caminaba un deportado voluntario, el Príncipe Dimitri Iwanowtsch, con el espíritu ensombrecido a la vista des desconsolador espectáculo. No había querido abandonar a Katjuscha y esperaba poder aun serle útil y mitigar su dolorosa situación.

De pronto vió algo que le heló el alma. Uno de los presos que formaban en la conducción había caído al suelo, víctima de un ataque de insolación. Nadie se cuidó de prodigar los cuidados necesarios y fué rechazado el ofrecimiento del Príncipe de acomodarlo en su coche. Lo levantaron entre dos soldados y como a una carga molesta lo echaron al fondo de una de las carretas.

En un alto, Dimitri pidió al oficial que mandaba el destacamento encargado de la seguridad de los presos, que le permitiera ver un momento a Katjuscha Maslowa. Accedió éste y la presa fué conducida hasta su coche.

—¡ Déjeme !... ¿ A qué viene usted aquí ? ¡ Este no es lugar para usted !

—¡ Katjuscha, allí donde tú estés es el mejor lugar para mí ! ¡ Créeme que no deseo más que tu bien !...

Reanudóse la marcha. Tras de una larga jornada, llegó la conducción a un puesto de guardia.

El oficial que lo mandaba, hombre degene-

rado y cínico, que aprovechaba el estado de las pobres presas para poder abusar de ellas impunemente, hizo conducir a Katjuscha a su despacho, cuya belleza había despertado sus deseos y sus más bajos instintos.

Con voz intencionada, dijo a la muchacha:

—De ti depende que tengas un trato preferente.

Katjuscha le miró con desconfianza.

—Para ello no tienes más que mostrarte un poco amable conmigo.

Y acercándose a la presa intentó abrazarla.

Katjuscha se resistió a ser atropellada y el oficial redobló sus ataques. Sujetóla por la cintura y pretendió besarla en la boca. Pero Katjuscha se defendió con todas sus fuerzas y clavó sus uñas en la cara del oficial, que al sentirse herido, masculló un terrible juramento.

—¡ Te aseguro que te has de acordar de mí !

Y llamando a la guardia, ordenó:

—¡ Ponedle las cadenas y a un calabozo de castigo con ella ! ¡ Es una rebeldé peligrosa !

Cumplióse la orden y la desgraciada mujer fué aherrojada a un sombrío calabozo y sujetada con gruesas y pesadas cadenas.

Entretanto el Príncipe Dimitri se acomodó en una posada cercana. Desalentado por carecer de noticias del resultado de sus gestiones, hacía planes para el futuro. Adquirir a una casita cerca del penal y procuraría endulzar la situación de la infeliz Katjuscha.

En esto llamaron a la puerta de la habitación.

—¿ Es usted el Príncipe Dimitri Iwanowtsch ?

¡ Un pliego para su Alteza !

Con mano temblorosa rompió el precinto.

«Su Majestad el Czar se ha dignado comun-

tar la pena de trabajos forzados, impuesta a Katjuscha Maslowa, por la de destierro libre. Lo que tengo la satisfacción de comunicar a Su Alteza.»

El Príncipe no sabía lo que le pasaba. Después de tantas emociones, aquella noticia le produjo una profunda impresión.

No quiso retrasar un momento el ansiado de comunicar la fausta nueva a la desgraciada víctima de su liviandad y se hizo conducir en seguida al puesto de guardia.

Llevado a presencia del comandante, presentóle el pliego oficial.

—Aquí traigo el indulto de Katjuscha Maslowa.

El jefe mandó que condujeran a la presa hasta allí.

El oficial, por temor a que la muchacha le acusara del infame acto que había pretendido realizar, se adelantó y saludando militarmente, dijo:

—He tenido que castigarla porque trató de sobornarme con ofrendas de amor.

El comandante frunció el entrecejo. Aquello retrasaba la inmediata concesión de la libertad.

Al llegar Katjuscha, la amonestó:

—El señor oficial dice que ha tenido que encerrarla porque usted le perseguía con insinuaciones amorosas...

La muchacha volvióse hacia el cínico y señalando los arañazos que cruzaban su cara, respondió:

—Esta es la prueba de quien era el perseguidor y quien se defendía.

Quiso protestar el oficial, pero el comandante le atajó:

—No se moleste en darme explicaciones y váyase a su servicio. Yo arreglaré este asunto.

Y dirigiéndose a Katjuscha, añadió:

—Está usted en libertad. El Príncipe Dimitri Iwanowtsch trae su perdón.

Katjuscha tuvo que apoyarse en el Príncipe para no caer en tierra. Al escuchar la nueva, no sólo pensó en que estaba libre del castigo, sino que el que traía su perdón la amaba con el más desinteresado de los cariños.

Salieron afuera. Y sin más testigos que la inmensidad del cielo azul en el que miriadas de estrellas les saludaban con sus guiños de luz, el Príncipe la abrazó tiernamente y deslizó en su oído:

—¡Katjuscha! Hoy resucitas a una nueva existencia. Lo pasado ha muerto y un nuevo sol alumbría nuestras vidas.

¡¡Resurrección!!

En el alma de Katjuscha resonaba triunfador este grito renovador. Y el fuego de unas lágrimas ardientes quemó en su alma el resollo de pasadas impurezas...

—¡Siempre contigo, siempre, Katjuscha! ¡Quiero ser tu esclavo... y tu Dios!...

FIN

OBRAS MAESTRAS DEL CINE

Deseosa la empresa de *El Cine* de corresponder al favor constante que el público viene dispensando a *OBRAS MAESTRAS DEL CINE*, tiene establecido un sorteo mensual de regalos. En cada número de esta publicación se incluye una hermosa postal con el retrato de uno de los más famosos artistas de la pantalla.

Dichas postales, que van numeradas, dan derecho a tomar parte en el sorteo mensual de una fotografía directa, con marco, de populares intérpretes del arte nudo.

El sorteo se hace en combinación con la Lotería Nacional que se juega el 1.º de cada mes, correspondiendo los regalos a los números de la Lotería Nacional sobre los que recaigan los premios mayores.

Los regalos consisten en un artístico retrato de gran tamaño, con un precioso marco, de uno de los más populares actores cinematográficos, al poseedor de la postal cuyo número sea igual al que corresponda el primer premio, y dos elegantes cajas de polvos de arroz Kram, que son los preferidos por las más bellas artistas de la pantalla, a los poseedores de las postales cuyos números sean iguales a los premiados con el segundo y tercer premios.

Como se da el caso de que el tiraje de *OBRAS MAESTRAS DEL CINE* excede con mucho, mensualmente, a treinta mil ejemplares, cifra a que alcanzan los números de la Lotería Nacional, al llegar las postales de esta novela cinematográfica al número 30.000, se volverá a empezar por el uno y se darán tantos premios como poseedores haya de los números premiados.

NUMEROS PUBLICADOS

1.º *Almas en venta*; 2.º *En el Palacio del Rey*; 3.º *Peñrucho*; 4.º *El terremoto*; 5.º *Lecciones de amor* (postal de Gloria Swanson); 6.º *Bavu, el bolchevique* (extraordinario; postal de Thomas Meighan); 7.º *Manual del Perfecto Casado* (postal de Po-

la Negri); 8.º *Tigre Blanco* (postal de Charles Ray); 10. *El hombre de Río Perdido* (postal de Charles Roché); 11. *La Reina de Saba* (postal de Jacqueline Logan); 12. *El tesoro de la carabela* (postal de Edmund Lowe); 13. *El huésped de media noche* (postal de Rodolfo Valentino); 14. *Si las mujeres mandasen* (postal de Viola Dana); 15. *La Cachorrilla* (postal de Antonio Moreno); 16. *La desposada de nadie* (postal de Bárbara La Marr); 17. *Supremo tesoro* (postal de J. Warren Kerrigan); 18. *Tenorio por carambola* (postal de Margarita La Motte); 19. *Amor de madre* (extraordinario, postal de Ramón Novarro); 20. *El padre Juanico—Mossen Janot—*, (postal de Alice Terry); 21. *Por los que amamos* (postal de Hoot Gibson); 22. *El valor de la virtud* (postal de Priscilla Dean); 23. *La Indomable* (postal de Norman Kerri); 24. *Mary Rosa* (postal de Laura La Plante); 25. *La torre de Neslé* (extraordinario; postal de Lon Chaney); 26. *El escándalo del pueblo* (postal de Mary Philbin); 27. *Contra la ley* (postal de Gladys Walton); 28. *Un escándalo bancario* (postal de Roy Stewart); 29. *No hay juego sin trampa* (postal de Virginia Valli); 30. *El pobre Valbuena* (postal de Herbert Rawlinson); 31. *Bajo la púrpura cardenalicia* (postal de Frank Mayo); 32. *Una dama de calidad* (postal de Baby Peggy).

OBRAS MAESTRAS DEL CINE

En el próximo número esta popular novela cinematográfica publicará la interesante adaptación no-velesca de la magnífica película

El trapero de París

basada en el argumento de la conocida novela del mismo título de Félix Pyatt.

El trapero de París

es una de las películas más interesantes de esta colección de OBRAS MAESTRAS DEL CINE.

Postal de Jack Moxie.

Lea usted
la revista popular ilustrada

EL CINE

El semanario ideal para
las familias

20 céntimos número

Suscripción:

2.50 pesetas

trimestre

con derecho a un elegante álbum de música GRA-
TUITO con las 16 composiciones más populares
de la temporada



PUBLICACIONES «EL CINE»
Pelayo, 62-Telef. 4128 A.
BARCELONA

Imp. Villarroel. 12 y 14